



CRÓNICA LITERARIA

La elección de dos nuevos académicos de la Lengua, el Sr. Barbieri y el señor Liniers, hubiese pasado inadvertida (pues no habló de ella la prensa) á no ser por el dicho epigramático de un hombre universalmente célebre, dicho que, por su caústica agudeza, merece pasar á las colecciones de *anas* académicas, tan ricas en chispeantes salidas y rasgos de ingenio. Parece que el Sr. Barbieri, á los pocos días de su elección, envió juntamente el oficio dando gracias por el honor que se le concedía, y el discurso de recepción, listo y corriente ya. Nótese que este discurso no suelen presentarlo los académicos electos hasta años después de su elección: cífrase una especie de coquetería desdeñosa en la tardanza, y acadé-

mico hay que tal vez no lo presente nunca.—Al saber la premura de Barbieri, dicen los diarios que exclamó el grande hombre á quien aludo: «Eso me recuerda á una chica de mi pueblo, que se casó y parió en la sacristía.»

x
x x

Y ya que de elecciones académicas se trata, no se ha de quedar en el tintero que me causa extrañeza el mutismo de la prensa ante las elecciones comparándolo al ruido que se armó cuando yo recogí en el número de Noviembre del *TEATRO CRÍTICO* algunos nombres de candidatos que se susurraban y los puse por vez primera en letras de molde. Hubo quien se escandalizó; quien se atufó conmigo; quien trató dura y despiadadamente á los candidatos, como si ellos me hubiesen guiado la pluma, siendo así que yo puedo decir, parodiando al autor del *Canto á Teresa*:

«Allá va *prosa* donde va mi gusto.»

:

No lo he leído; pero hasta me aseguraron que un periódico calificó á Sellés, autor del *Nudo Gordiano* y de *La política de capa y espada*, de *percebe*. ¡Extraño epíteto! ¿Qué significará? Cosa buena, no, de cierto.

No es mi ánimo ofender ni molestar á los académicos agraciados. Hablo en defensa propia; pido que si se tira de la manta de la transigencia, haya tironcito para mis hipótesis también. Ó si no, que se haga un paralelo entre los candidatos cuyo nombre recogí y los elegidos. Entre los que yo citaba figuró el Sr. Barbieri. ¿Por qué al enunciar los nombres se me alborotaron, y al realizarse el vaticinio y salir elegido el Sr. Barbieri *conticuere omnes?* Nada: venga ese paralelo, que yo creo es genero literario muy provechoso, á pesar del conocido epigrama:

«Cansado de hacer buñuelos
sin olor y sin sabor,
le ha dado á un gran escritor
por escribir *Paralelos*.

Muy mal hizo, en mi sentir,
cambiando; pues se concibe
que *Para-lelos* escribe
desde que empezó á escribir.»

x
x x

En cambio se ha hablado por los codos, y no sólo en los periódicos, sino en las tertulias y en los consabidos *circulos* literarios, de una de las conferencias del centenario de Colón: la del Sr. Vidart, sobre *Colón y Bobadilla*. Estas conferencias, en que terciaban personas tan doctas y competentes — la plana mayor científica, no cabe duda — se deslizaban algo lánguidas y sordas: á pesar de su mérito é importancia indiscutible, no resonaban, porque el Ateneo, de años acá, vive un tanto soñoliento, sea porque ya le falta el prestigio que en épocas de opresión política adquieren las tribunas y cátedras libres, sea porque el elemento conservador hoy domina allí lo mismo que en las

Academias, y es poco favorable á la ardorosa discusión. Quizá tenía parte de culpa en el aislamiento de las conferencias su carácter científico. Que Tlascala fuese república ó dictadura; que la primera tierra descubierta por Colón la conociesen los indios por este nombre ó por aquél; que los templos mexicanos se parezcan á las construcciones pelasgas; que los cacharros peruanos tengan la boca así ó asado..., son cosas que no importan á la mayoría, que no ha formado criterio respecto á ellas.—En cambio, de la persona de Colón hay una idea general, más ó menos fundada, pero sólidamente enraizada en la mente y más aún en el corazón de todo el mundo: hay lo que Fernández Duro llamó con exactitud *la leyenda colombina*, obra de los siglos, lenta estratificación que no se desgasta en un día, aun con las armas poderosas y aceradas de la verdad.—Fernández Duro había principiado á atacar la leyenda, no ahora, hace bastantes años, en muchos y muy curiosos

volúmenes: pero aquí el que quiera tener bien guardado un secreto, que lo imprima en un tomo grueso y serrote, de esos á los cuales no mete el diente la crítica al uso; la *Nebulosa de Colón* pasó casi inadvertida, y el Colón tradicional, el de los ojos alzados al cielo, la mano derecha empuñando la cruz y la izquierda sobre el corazón, el de la cabeza rodeada de hierático nimbo, siguió prevaleciendo.—No desmayó el sabio marino, y su conferencia sobre Colón y los Pinzones fué la que preparó el terreno á la de Vidart. Llegó éste cuando ya había en la atmósfera gran carga de electricidad negativa y positiva. Habló citando descarnados documentos, sin galas oratorias, sin velar ni suavizar la ruda tesis. Y se produjo la conflagración, y estalló el trueno. Los periódicos clamaron porque se nos arrebatara el Colón clásico, el perfecto, el Santo de la humanidad, y, en el deseo de sus celosos admiradores, Santo también de la Iglesia católica.

Es evidente que tratándose de una

cuestión histórica, la discusión se ha de hacer con documentos y hechos, no con poéticas declamaciones y argumentos del orden sentimental. Pero no hay empresa más difícil que combatir opiniones basadas en sentimientos. El raciocinio convence á la razón, y deja intacta la voluntad. Sin disputa, el Colón tradicional ha de vivir todavía muchísimos años, y habrá hasta quien considere al Sr. Vidart un mal hombre, porque intentó esclarecer el punto sin ambajes ni rodeos.

x
x x

Tengo á la vista varios libros que merecen nombrarse, aunque sólo sea de paso. Entre ellos se destaca un *Discurso* de apertura de Universidad, que fuera injusto condenar al olvido en que suelen caer trabajos análogos. Es su autor don Federico de Castro y Fernández, procedente del antiguo plantel krausista, y persona de edad avanzada, á lo que entiendo.

Menéndez y Pelayo le calificó de «menos despreciador de la cultura nacional que otros de su secta» (cito de memoria y tal vez no sean estas las palabras, pero la idea sí).

Lejos de despreciar nuestra cultura, el sabio profesor hace en su discurso un sucinto análisis de algunas de las direcciones principales del pensamiento filosófico nacional,—Séneca, Averroes, Santa Teresa, Ceballos, etc., etc.—Un lenguaje castizo, un estilo aliñado y noble, avaloran este tratadito; y un explícito y generoso elogio del difunto doctor D. Francisco Mateos Gago, enemigo en vida del Sr. Castro, lo realza con una nota de belleza moral.

x
x x

Sumamente curiosa la *Historia de la música antigua* de Cesari, traducida por D. Manuel Walls y Merino. No es un libro voluminoso, sino un opúsculo nu-

tridito de lectura, claro, bien ordenado, donde se puede aprender en media hora lo que fué el *divino arte* entre los pueblos asiáticos, griegos y egipcios, y qué valor hemos de dar á todo lo que se cuenta de las melodías de Orfeo, los cantos de Apolo, las arpistas que entretenían con dulces arpegios las siestas faraónicas.— El discreto traductor nos lo advierte: su objeto es redimir á los músicos pobres de comprar libros muy caros para conocer los orígenes del arte. Además de traducir con fidelidad y pureza, el Sr. Walls y Merino ha enriquecido el texto con útiles notas.

x
x x

Mas recomendable por la calidad que por la cantidad es el estudio sobre *Tamayo*, del Sr. Fernández Flórez. Mucha substancia en pocas hojas, y substancia grata y nutritiva á la vez. ¿Por qué no hace el Sr. Fernández Flórez una serie de estudios sobre los autores dramáticos, y no

forma un tomo en regla? Lo confieso: me ha sabido á poco el *Tamayo*.

x
x x

Suele decirse: «Dadme tres renglones de mano de un hombre y lo haré ahorcar.» Los grafólogos, y entre ellos mi querida amiga *Arséne Aruss*, se empeñan en hacer buena la afirmación. ¡Por el carácter de letra de una persona averiguan con certeza ¡son el demontre! si la tal persona es vulgar, pretenciosa, cándida, *idealista*, inventora, ambiciosa, temeraria, rencorosa y hasta con tendencias al asesinato! ¿Verdad que es cosa de decir, como el padre de D. Carlos de Borbón en los últimos años de su vida: «Que me quiten de ahí ese tintero y esas plumas, yo no quiero armas cargadas en mi dormitorio?»

x
x x

Recomiendo á los bibliófilos la obra del Sr. Leguina, barón de la Vega de Hoz,

sobre *libros de esgrima*; á los que quieran pasar un rato de solaz, la *Tinta negra* de Dicenta y el *Manual del perfecto periodista* de los hermanos Ossorio y Gallardo.—Del libro de Leguina no sé si podrán conseguir los aficionados algún ejemplar todavía. La tirada es de 100, y el mío tiene el número 75.



INDICE DE LIBROS RECIBIDOS

BIOGRAFÍA.

Un boticario y varios farmacéuticos.—Perfiles y semblanzas profesionales, por Luis Siboni y Angel Bellogín.—Un tomo en folio.—Barcelona, 1888.

Tamayo.—Estudio biográfico, por Isidoro Fernández Flórez.—Folleto.—Madrid, 1891.

BIBLIOGRAFÍA.

Libros de esgrima españoles y portugueses.
—Índice formado por D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz.—Un tomo.—Madrid, 1891. (Tirada de 100 ejemplares numerados.)

CIENCIAS.

Discursos leídos en la Sociedad española de Higiene, por D. José Parada Santín y el Dr. D. Manuel Tolosa Latour.—Folleto.—Madrid, 1891.

Tratado teórico-práctico de canto gregoriano, por el P. Eustaquio de Uriarte, de la